

PARTE II. próximos á sus estados; y á estas disposiciones preliminares añadió unos preparativos proporcionados á su grande objeto. Mas, sin embargo, vió frustrados sus planes en la primera campaña, por haber confiado el mando á manos poco aptas, atendiendo al nacimiento y no al talento y esperiencia.

En las campañas sucesivas los reveses que sufrió, aunque se le pueden imputar en parte, mas principalmente fueron debidos á circunstancias que no estaba en su mano prever. La primera fué la larga detencion del ejército á la vista de Roma, por causa del cardenal de Amboisse, y su consiguiente esposicion á la extraordinaria crudeza del invierno posterior; la segunda consistió en la conducta rapaz de los comisarios, que arguye sin duda descuido de parte de quien los nombró; y la última fué la falta de un general en gefe capaz de mandar el ejército. Enfermo La Tremouille, y Aubigny prisionero en poder del enemigo, no se presentaba entre los franceses ninguno capaz de medir sus fuerzas con el general español. El marqués de Mantua, demas del inconveniente de ser extranjero, era muy tímido en el consejo, y tardo en la ejecucion, para que se le pudiera considerar como á propósito para tamaña empresa.

Ojeada sobre  
la conducta de  
Gonzalo.

Pero si bien es cierto que sus enemigos cometieron grandes errores, á Gonzalo solo fué debido el que se hallara en estado de aprovecharse de ellos. No podia haber posicion mas difícil y desfavorable que la que él tenia cuando entró en la Calabria. La táctica de guerra y la forma del pelear, que se usaban en España eran en un todo diferentes de las que reinaban en el resto de Europa. En la última guerra de los moros, ya por efecto de la antigua táctica, ya por la naturaleza del terreno, se empleaba principalmente caballería ligera. Esta arma constituia la fuerza principal de Gonzalo por entonces, porque la infantería, aunque acostumbrada al servicio de guerrillas, estaba mal armada y disciplinada. Y sin embargo habiase hecho ya un cambio importante en los demas países de Europa, en donde la infantería habia vuelto á obtener aquella superioridad que tuvo en los tiempos de los griegos y romanos. Se habia hecho la esperiencia en mas de una sangrienta batalla, y se vió que las sólidas columnas de los piqueros suizos y alemanes no solo arrollaban todo lo que se les oponia por delante en el ataque, sino que presentaban una barrera inespugnable, que no podia ser quebrantada por las cargas mas

terribles de la caballería de línea mejor armada. Contra estos temibles batallones tenia que medir Gonzalo por la primera vez los bisoños soldados de Galicia y Asturias, valientes, sí, pero mal armados y relativamente poco diestros.

Gonzalo perdió la primera batalla en que se empeñó, aunque no se debe olvidar que entró en ella contra su voluntad. En lo sucesivo procedió ya con la mayor precaucion, acostumbrando poco á poco sus tropas á la vista y á la táctica del enemigo, y teniendo á éste en cuidado, antes de llevarlos nuevamente á un combate de frente. Durante toda aquella campaña no hizo mas que aprender, procurando enterarse bien de la táctica, disciplina y nuevas armas de sus contrarios, y tomando de ellos todo lo que podia introducir en el antiguo método de los españoles, pero sin hacer abandonar enteramente á éstos el suyo. Así es, que conservó la espada corta y el escudo de los españoles, y fortificó sus batallones con gran número de piqueros á la manera de los alemanes. El prudente Maquiavelo ensalza extraordinariamente esta medida, considerando que reunia las ventajas de ambos sistemas, porque al mismo tiempo que la larga pica servia para la defensa y para el ataque en terreno llano, la espada corta y los escudos permitian, segun se ha dicho, á los que usaban estas armas meterse por bajo de la densa muralla de picas, y traer á los enemigos á combate de cerca, en el cual no les aprovechaban sus temidas lanzas<sup>27</sup>.

Al propio tiempo que Gonzalo introducía esta novedad en las armas y en la táctica, no era menor la atencion que ponía en infundir á los soldados las cualidades morales que necesitaban. Exigianlo así imperiosamente las circunstancias en que se encontraron en Barleta y sobre el Garillano: sin víveres, sin vestuario, sin pagas, y privados absolutamente hasta de la esperanza de salir de su apurada situacion, arriesgándose á una batalla con el enemigo, los soldados españoles tuvieron que permanecer en una actitud pasiva. Esto exigia pacien-

27 Machiavelli, Arte della Guerra, lib. 2.—Maquiavelo juzga que la victoria ganada contra Aubigny en Seminara fué debida en gran parte á las armas peculiares de los españoles, quienes con sus espadas cortas y escudos, metiéndose entre las espesas filas de los

piqueros suizos, obligaban á éstos á combatir cuerpo á cuerpo con total ventaja de parte de los primeros. Otro ejemplar de esto mismo ocurrió algunos años despues en la batalla de Ravenna. Ubi supra.

Reforma Gonzalo las armas y táctica de sus tropas.

PARTE II. cia, frugalidad, profunda subordinacion, y un grado de valor mucho mas difícil que el que se necesita para vencer los obstáculos mas formidables, cuando las operaciones activas que entusiasman al soldado, renuevan su ánimo, poniéndole en disposicion de arrostrar todos los peligros; exigia de ellos, en una palabra, que empezaran por obtener el mas dificultoso de todos los triunfos: el triunfo sobre sí mismos.

Influencia de Gonzalo sobre su ejército.

Todo esto consiguió el general español: infundia en sus soldados una parte de su invencible energía, les inspiró un amor á su persona que les hacia imitar su ejemplo, y una confianza en su genio y en sus recursos, que en medio de todas sus privaciones los sostenia con la firme persuasion de un triunfo seguro. Gonzalo se señalaba por una cortesanía afable y menos ceremoniosa que la que usaban ordinariamente en Castilla las personas de su alta clase; conocia ademas perfectamente el altivo é independiente carácter de los soldados españoles, y lejos de molestarlos con innecesarias restricciones, les manifestaba siempre la mas liberal condescendencia, si bien su bondad estaba templada con la severidad, que no dejaba de desplegar, en las ocasiones en que era preciso, de una manera que pocas veces dejó de reprimir todo lo que semejara insubordinacion: recuérdese, si no, el ejemplo que hizo cuando el motin de Tarento. Indudablemente por el ejercicio de esta severidad pudo tener contenidos á los mercenarios alemanes, conocidos entre las tropas de todas las naciones por su habitual licencia y menosprecio de la autoridad.

Confianza que tenia Gonzalo en el carácter de sus soldados.

Al mismo tiempo que Gonzalo confiaba tanto en la robusta naturaleza y firme constancia de los españoles, esperaba resultados opuestos de la falta de estas cualidades en los franceses, que poco dotados de este carácter que se adquiere en las difíciles circunstancias de los tiempos, se asemejaban á los antiguos galos en la facilidad con que caian de ánimo por los sucesos inesperados, y en la dificultad con que se reanimaban<sup>28</sup>. No se equivocó en esto. La infantería francesa, sacada de las milicias de las provincias, y que solia reunirse con precipitacion para licenciarse poco despues, y los independientes nobles que formaban la caballería eran muy poco suscep-

<sup>28</sup> "Prima," dice con nervio Tito Livio, hablando de los galos en los tiempos de la República, "eorum praelia plus

quam virorum, postrema minus quam feminarum." Libro 10, cap. 28.

tibles de ser traídos á la subordinacion rigurosa de la disciplina militar; los penosos ejercicios, que robustecian el corazon y las fuerzas de los soldados españoles, no podian ser soportados por sus enemigos, introducian la division en sus consejos y relajaban toda la disciplina. Gonzalo esperaba el efecto de todas estas causas, y aguardando con paciencia el momento en que sus contrarios cansados y abatidos se hubieran entregado al abandono, reunia todas sus fuerzas para dar un golpe decisivo y terminar la accion. Así sucedió en aquellas memorables campañas que concluyeron con las brillantes victorias de Ceriñola y del Garillano.

En esta reseña de su conducta militar no debemos pasar en silencio la política que observó con los italianos, y que fué muy diferente del despreciativo orgullo que con ellos manifestaron los franceses. Gonzalo supo aprovecharse ampliamente de los superiores conocimientos de los italianos, manifestándoles grande atencion y haciendo de sus oficiales la mayor confianza<sup>29</sup>. Lejos de desconfiar, como generalmente sucede, de los extranjeros, no hacia al parecer diferencia de naciones, y los abrazaba con todo afecto y consideracion, como compañero de armas que militaban con él en una causa comun. En el torneo que tuvieron los italianos con los franceses al frente de Barleta, al cual aquellos daban mucha importancia como vindicacion de su honor nacional ofendido, Gonzalo les dispensó todo su apoyo, dándoles armas y campo seguro para la pelea, elogiando el triunfo de los vencedores como si hubieran sido compatriotas suyos, y tributándoles aquellas delicadas atenciones que cuestan poco, pero que para los corazones que sienten el estímulo del honor valen mas que los premios positivos. Se granjeó tambien la buena voluntad y afecto de los estados de Italia prestándoles diversos servicios importantes: el de los venecianos, por haber defendido valerosamente sus posesiones de Levante, el del pueblo de Roma por haberle librado de los piratas de Ostia. Al mismo tiempo, y á pesar de los desmanes de sus soldados, consiguió granjearse el amor del veleidoso pueblo de Nápoles con sus maneras afables, y con su aparato y ostentacion, en tanto grado que

<sup>29</sup> Dos de los mas señalados de éstos fueron los Colonas, Próspero y Fabricio, de quienes hemos hecho frecuente mencion en esta Historia. Es buen

testimonio de la fama militar del último el haberle elegido Maquiavelo como principal interlocutor para sus diálogos sobre el arte de la guerra.

PARTE II. parece llegó á borrar de su memoria todo recuerdo del último y mas popular de sus reyes, el desgraciado D. Fadrique.

Posicion del ejército. La distancia misma en que el teatro de las operaciones de Gonzalo se hallaba de su país, y que al parecer debia causar desaliento, fué en extremo favorable para su propósito. Los soldados que veian imposible la retirada por un ancho mar y una barrera de montañas intransitables, no tenian mas recurso que vencer ó morir, y su larga continuacion en la campaña sin ser licenciados les comunicó todas las cualidades de fortaleza y constancia de un ejército permanente. Por otro parte como sirvieron en tantas campañas sucesivas bajo las banderas del mismo caudillo, se acostumbraron á un sistema de táctica mas constante y uniforme que si hubiesen militado bajo muchos caudillos, por mas hábiles que fueran. Con tales circunstancias, tan convenientes para hacer en los hombres impresion profunda, las tropas españolas adquirieron la organizacion y forma que les quiso dar la voluntad de su gran caudillo.

Resultados de las campañas de Gonzalo. Cuando consideramos el total de las fuerzas de que Gonzalo podia disponer, las encontramos tan mezquinas, y en especial si las comparamos con el gigantesco aparato de las guerras mas modernas, que podrian hacernos formar muy pobre idea de lo que aquellas fueron. Pero para juzgar con exactitud volvamos la vista á los resultados, y con aquellas fuerzas insignificantes veremos conquistado el reino de Nápoles y abatidos los mejores generales de Francia, hecha una innovacion importante en la ciencia militar; el arte de las minas, si no inventado, elevado á una perfeccion antes desconocida; introducida una gran reforma en las armas y disciplina de los soldados españoles, y llevada á cabo la organizacion de aquella valerosa infantería, que un escritor frances elogia con sinceridad honrosa como irresistible atacando, é invencible atacada<sup>30</sup>, y que tremoló victoriosas las banderas de España por mas de un siglo sobre los países mas distantes de toda Europa.

<sup>30</sup> Véase á Dubos "Ligue de Cambray," disert. prelim., p. 60. Este escritor frances se mostró superior á las diferencias de nacion en el noble testimonio que tributó al mérito de aquellas

bizarrras tropas. Véase otro trozo semejante de panegírico producido por la caballerosa pluma del antiguo Brantôme en sus "Œuvres," t. I, disc. 27.

Las brillantes cualidades y hazañas de Gonzalo de Córdoba han hecho de este héroe asunto popular para la historia y para la novela. Varias biografias se han publicado de él en diferentes lenguas europeas aunque creo que ninguna en inglés. La autoridad en quien principalmente me apoyo, en esta historia, es la vida que Pablo Giovio incluyó en su grande obra *Vita Illustrum Virorum*, de que he dado noticia en otra nota. Esta vida de Gonzalo no se halla exenta de preocupaciones, ni de otros defectos de menor importancia, que se pueden notar en la mayor parte de las obras de su autor, pero están compensados bastantemente con la abundancia de anécdotas y pormenores interesantes que la intimidad que Giovio tenia con los personajes principales de su época le proporcionó reunir en su obra, y por la buena disposicion de su escrito que se halla coordinado de manera que sin mucho esfuerzo hace resaltar las cualidades mas notables de su héroe. No hay en él ninguna página que no lleve el sello de aquella pluma de oro que los cultos y políticos italianos reservaban para sus favoritos; y al paso que esta manifiesta parcialidad debe hacer estar sobre sí al lector, da un interes á la obra que no es inferior al de ninguna otra de sus amenas composiciones.—De las historias que tratan de Gonzalo, la mayor, por lo menos en volúmen, es la Crónica del Gran Capitan, impresa en Alcalá de Henares, en 1584, Nicolas Antonio duda si fué su autor Pulgar, el que escribió la historia de los Reyes Católicos, y á quien tan frecuentemente hemos citado en las guerras de Granada, ú otro Pulgar que llamaban del Salar, y que recibió la honra de la caballería, de manos del rey Fernando, por sus valerosas hazañas contra los moros. (Véase la Bibliotheca Nova, t. I, p. 387.) Con respecto al primero de estos Pulgares, no hay ninguna razon para suponer que viviera en el siglo XVI, y en cuanto al segundo, la obra que compuso, lejos de ser ésta de que hablamos, fué un compendio que se titulaba "Sumario de los hechos del Gran Capitan," impreso ya en 1527 en Sevilla. (Véase el prólogo del editor de la Crónica de los Reyes Católicos de Pulgar, edición de Valencia, 1780.) El autor de la obra de que hablamos es por lo tanto desconocido, y en verdad que no pierde mucho por ello su fama, porque la tal obra no es mas que una muestra insignificante de la antigua y rica crónica española, con la mayor parte de sus defectos característicos y muy poca mezcla de sus bellezas: su prolija y prosaica narracion está recargada con los pormenores mas frívolos, exagerados con declamaciones panegíricas, defecto que muchas veces estropea otras composiciones de mas mérito de la literatura castellana. No hay que buscar nada que se parezca á conocimiento ó descripcion de caracteres en aquel cúmulo monótono de elogios con que reclama en favor de su héroe todas las extravagancias de un paladin de novela. Sin embargo, aparte estos defectos, y disimulan-

PARTE II. do los sentimientos de nacionalidad que rebosan en toda la obra, no deja de tener bastante mérito como relacion de sucesos que por ser recientes no podían ser muy desfigurados con aquellos graves errores que tan fácilmente se cometen sobre los añejos monumentos de la antigüedad. Por esta razon la obra de que hablamos ha sido una de las fuentes principales de la Vida del Gran Capitan, que Quintana insertó en el primer tomo de sus "Españoles Célebres," impreso en Madrid en 1807. Esta Vida, en que los incidentes están elegidos con maestría, ostenta la independencia é imaginacion de su poético-autor: no se examina en ella la política general de la época, pero tampoco se echa de menos cosa alguna acerca de los pormenores que tienen inmediata relacion con la historia personal del sugeto de quien se trata; y su conjunto presenta en forma agradable y compendiosa todo lo que puede ofrecer mayor interes é importancia para lo general de los lectores.

Crónicas francesas.

Los franceses tienen tambien una historia de Gonzalo de Córdoba, compuesta por el P. Duponcet, jesuita, en dos tomos en dozavo, Paris, 1714. Aunque obra de muchas pretensiones, es de escasísimo mérito; está dispuesta con muy poco arte y contiene casi tantas cosas que el héroe no hizo, como las que hizo; la prolijidad de su estilo ni aun tiene la compensacion de aquel estilo punzante que en la mayor parte de los historiadores franceses de baja ralea suple en cierto modo la falta de verdaderos pensamientos. El público frances debe, sin embargo, menos á la historia que á la novela, por lo que hace á la descripcion del carácter de Gonzalo de Córdoba, que fué retratado por la ostentosa pluma de Florian con un colorido altamente poético, que agrada mucho mas á la mayor parte de los lectores que la relacion fria y severa de la verdad.

Las historias contemporáneas de los franceses, acerca de las guerras de Luis XII en Nápoles, son en extremo estériles y escasas en número. La que más escita el interes es la crónica de Anton, que está compuesta con verdadero espíritu caballeresco al estilo del antiguo Froissart, pero que desgraciadamente concluye antes del fin de la primera campaña. St. Gelais y Claudio Seissel pasan muy ligeramente sobre esta parte de su asunto, fuera de que en sus manos la historia es poco mas que un pesado panegírico; el último en particular le llevó á tal extremo, que mereció las mas severas censuras de sus mismos contemporáneos, y se vió obligado mas de una vez á tomar la pluma en su propia defensa. Las memorias de Bayardo, Fleurange y La Tremouille, que tan difusas son en la mayor parte de los detalles militares, guardan casi silencio profundo respecto á los de la guerra de Nápoles. La verdad es, que el asunto era demasiado desagradable y presentaba una serie muy poco interrumpida de calamidades y derrotas, para que pudiera escitar la atencion

de los historiadores franceses, los cuales apartando su vista de tales escenas, la volvian con mas gusto á los brillantes hechos de este reinado, mas acomodados á la vanidad nacional.

Este vacío se ha llenado, ó por lo menos intentado llenar, por la laboriosidad de los escritores posteriores. Entre los que por incidencia he consultado se cuentan: Varillas, cuya historia de Luis XII, aunque mal dispuesta, reposa sin embargo en una base algo mas sólida, que sus sueños metafísicos titulados *Política de Fernando*, de que ya hemos dado noticia repetidas veces; Garnier, cuya clara narracion, bien que inferior á la de Gaillard en agudezas epigramáticas, se acerca mucho mas á la verdad; y finalmente Sismondy, que aunque puede ser censurado en su *Histoire des Français*, por algunos defectos de los que son consecuencia necesaria de la indiscreta rapidez en la composicion, consigue con algunos toques breves y animados presentar puntos de vista mas profundos, respecto de los caracteres y conducta de los sugetos que los que hay en volúmenes enteros de escritores vulgares.

La falta de materiales auténticos para el conocimiento exacto del reinado de Luis XII, es cosa de que se lamentan los mismos escritores franceses; los libros de aquellos tiempos, ocupados solo en los sucesos militares que mas deslumbran, no tratan de darnos ninguna idea de la organizacion interior ni de la política del gobierno: y podria uno figurarse que sus autores vivieron un siglo antes que Felipe de Comines, en lugar de haber vivido despues: tan inferiores son á este eminente político en todas las principales cualidades que exige la composicion histórica. Los eruditos franceses han aumentado muy poco la coleccion de documentos originales reunidos hace mas de dos siglos por Godefroy para la ilustracion de aquel reinado: mas á pesar de esto, no se puede creer que los trabajos de este primer anticuario agótaran una materia en que los franceses son mas ricos que otros pueblos, y que los que han venido despues á explotar la misma mina no hallen materiales de mucho mérito para escribir con mas estension esta parte interesante.

Fortuna es que el silencio de los franceses, con respecto á sus relaciones de Italia por aquellos tiempos, ha sido compensada abundantemente con los trabajos de los escritores contemporáneos mas eminentes de este último país, como Bembo, Maquiavelo, Giovio y el filósofo Guicciardini, que por su posicion como italianos estuvieron en estado de mantener en su fiel la balanza de la verdad histórica, ó á lo menos de impedir que una injusta parcialidad de alguna de las dos grandes potencias rivales pudiera trastornarla; que por sus elevados cargos públicos se hallaron en contacto con las personas principales de su tiempo, y pudieron penetrar en los resortes principales de los sucesos que se ocultaban á los ojos vulgares; y que por su instruccion superior

PARTE II. y por sus talentos eran capaces de levantarse sobre la humilde clase de vulgares cronistas, y aun de llegar á la dignidad clásica de la historia. Lo sensible es que debamos entrar ya en otro terreno no ilustrado por los trabajos de estos grandes ingenios, que han sido los maestros del arte en los tiempos modernos.

CAPÍTULO XVI.

ENFERMEDAD Y MUERTE DE DOÑA ISABEL.—SU CARÁCTER.

1504.

Decadencia de la salud de la reina.—Tristeza y temores de toda la nacion.—Testamento de Isabel.—Su codicilo.—Su cristiana resignacion y muerte.—Traslacion de sus restos mortales á Granada.—Descripcion de lo que fué su persona.—De sus modales.—De su carácter.—Paralelo de esta reina con Isabel de Inglaterra.



A adquisicion de un reino importante en el centro de Europa, y de un nuevo mundo al otro lado del Oceano, que prometia derramar en el seno de España los celebrados tesoros de las Indias, iban elevando rápidamente á la nacion española á la primera clase de las potencias europeas; pero en medio de este apogeo de su prosperidad, habia de experimentar un golpe terrible con la pérdida de la ilústre heroina, que por tanto tiempo y con tanta gloria habia estado al frente de sus destinos. Más de una vez hemos tenido que dar noticia de la sensible decadencia que se advertia en la salud de la reina. En efecto, durante los últimos años su físico se habia debilitado extraordinariamente por los incesantes trabajos y penalidades que se habia tomado, y por la continua actividad de su espíritu. Todavía sufrió mas por una serie de terribles desgracias en su familia, que casi sin tregua habian caido sobre su tierno corazon desde la muerte de su madre, ocurrida en 1496. El año

CAP. XVI.  
Decadencia de la salud de la reina.